CONSIGO MISMO

Jesús Campos García

La creación artística es la expresión de un individuo que, mediante imprevisibles asociaciones surgidas de su memoria, transmite emociones a otros, de forma tal que, al emocionarlos, subsidiariamente, los expresa. Y así, expresándose y expresándolos, construye con su memoria la memoria del colectivo.

El creador (siempre en minúscula) tiene esa rara habilidad: recicla sensaciones, imágenes, sonidos y otros desechos de la vida, datos en apariencia irrelevantes, materiales comunes que forman parte de una experiencia común, y al reciclarlos, al ponerlos en uso mediante el proceso de creación, transforma lo insignificante en significativo. Crea signos, sí, sin más propósito que el de entenderse o hacerse entender, mas, al comunicarlos, al compartirlos con sus afines, estos signos se constituyen en referentes, en distintivos de quienes comparten un modo de sentir o de pensar, y pasan a formar parte fundamental de una identidad común.

Siempre fue así: cuando los pintores rupestres expresaron la necesidad o la aspiración de una sociedad cazadora, los escultores plasmaron la visión estatuaria del imperio, los constructores de catedrales alzaron en piedra su espiritualidad, los poetas cuadraron sonetos como expresión exacta de un nuevo renacer, los músicos hicieron sonar con vehemencia los vientos de la revolución, o los comediógrafos amables zaherían dentro de un orden a su clientela pequeño burguesa, no eran necesariamente artistas vendidos a la tribu, al imperio, a la iglesia, a la aristocracia, al proletariado, a la burguesía o a cualquier otro grupo de poder; por más que fueran más los copistas, los clónicos, los ropavejeros del arte, siempre hubo creadores que con su impulso renovador se erigieron en portavoces de las sociedades en las que vivieron, y cuyo anhelo compartían y, en consecuencia, expresaban.

En esa sintonía hay que entender que al ideario de un partido político corresponda una forma de creación artística. La convergencia de un sistema de ideas con un impromptu de emociones. Mas la aparición del término «compromiso», la codificación de esta relación coincidente y, sobre todo, la obligatoriedad que se establece tras esa codificación, nos exige un mayor detenimiento en el análisis de esta afinidad entre creador y colectivo.

El compromiso, entendido como implicación y no como obediencia o subordinación, ha sido siempre consustancial a la creación. Su misma naturaleza emocional e impredecible predispone al riesgo y no a la conveniencia o al oportunismo. (Huelga decir que este no es el caso de los creadores clónicos antes aludidos). Y así, la obra de arte, por más que sintonice con una visión del mundo, lleva siempre implícitos elementos que la cuestionan. El factor dinamizador del arte, que genera la necesidad de avanzar. Creo recordar haber escrito en otra ocasión que la tradición es una cadena de negaciones de la tradición, que la tradición se genera negándose a sí misma. Y ese es el compromiso, ahí radica, en la actitud inconforme.

Y es que el creador comprometido (valga la redundancia), por el solo hecho de tomar partido no ha de convertirse en publicista, vendedor, docente, catequista, paladín o abanderado de su ideario político (tareas todas ellas muy nobles y necesarias, de las que ya se ocupan los ropavejeros del arte). Muy al contrario, su compromiso le obliga a cuestionar los principios en los que cree. De hecho, el proceso de indagación emocional a que se somete, necesariamente concluye alejándolo de los puntos de partida. Viaje que puede ser asumido o no por el grupo y/o su aparato, pero que es el que le dicta su intuición, único dictado posible, y en el que ha de fortalecerse al margen de su conveniencia o inutilidad, al margen de su aceptación o rechazo; en definitiva, al margen del éxito o del fracaso.

No faltarán ortodoxos, «integristas de la progresía», que se opongan al más mínimo cuestionamiento del ideario, pues la dificultad con que lograron aprenderlo les hace insoportable que este además pueda ser mudable. Ellos proclaman el compromiso servil. Mas ese intento de domeñar solo domeñará a los domeñables.

Crear fue siempre, al margen de la acuñación del término «compromiso», un modo de hacer comprometido: comprometido con la memoria, también con los demás, con los que nos precedieron y con los que nos seguirán (tradición y vanguardia). Un modo de hacer que se fundamenta ante todo en el compromiso que cada creador establece consigo mismo.